
UNIVERSIDAD PARA EL "HOMBRE NUEVO"

FORMAR EL "HOMBRE NUEVO" SEGUN EL EVANGELIO*

Detrás de cada sistema educativo hay una imagen de hombre, del hombre que se quiere hacer. No hay un sistema de educación neutro, puramente aséptico, sin esa imagen de fondo, que últimamente es una filosofía o una teología del hombre y del mundo. Y es precisamente esta imagen la que hace valer o no un sistema educativo, por encima de los métodos, programas, medios... importantes, ciertamente, pero al fin subordinados a esa imagen.

Ahora bien, ¿qué imagen es esa que concurrimos a formar? Resumo muy brevemente algunos rasgos esenciales, yendo del más exterior al más profundo.

— Es la imagen de un hombre profesionalmente bien equipado, no para fundamentar en esa formación privilegios de ninguna clase, sino porque se siente responsable, ante Dios y ante la sociedad, de talentos

que no son exclusivamente suyos, que han sido dados como un bien que ha de hacer fructificar al cien por cien y que ha de compartir.

— Es la imagen de un hombre para quien los bienes todos de la tierra son un patrimonio sagrado, puesto por Dios en manos del hombre, que no puede acaparar ni despilfarrar egoístamente, cuando tantos carecen del mínimo necesario, sino que se ha de contribuir a acrecentar y a distribuir justamente. Es por ello un hombre fundamentalmente austero, es decir, profundamente libre del ansia de poseer o por poder más.

— Es la imagen de un hombre para quien el otro —todo ser humano—, no es un competidor, mucho menos un enemigo a derrocar, sino un hermano a quien servir y un amigo con quien construir el mundo.

— Es finalmente la imagen de un hombre que ha recibido el mensaje del Evangelio y se ha puesto en condiciones de dejarse transformar por él, llenando así su vida de sentido, pues cumple con ello el proyecto sublime de Dios para toda existencia humana: "reproducir la imagen del Hijo, primogénito de los hermanos" (Rom 8, 29); es decir, la imagen del hombre que, aún en medio de la cruz, vive la confianza de sentirse hi-

jo de Dios en todo momento, y la responsabilidad de darse a todo ser humano, al que reconoce, por encima de todas las diferencias, todos los derechos de un hermano.

Os puedo asegurar que, si no fuera por llevar a los alumnos de nuestros centros lo más cerca posible de este inalcanzable ideal de hombre nuevo, el único capaz de hacer también verdaderamente nuevo nuestro mundo, la Compañía de Jesús no haría en este servicio la inversión de hombres y de medios que viene haciendo, y que por otra parte otros servicios de la Iglesia y de la humanidad están requiriéndole. ■

Pedro Arrupe S.I.
General de la Compañía de Jesús

* Tomado de L'Osservatore Romano, año X, N° 4 (473), p. 12, 22.1.1978.